

# PREGÓN DE LAS FIESTAS DE LA OCTAVA DEL CORPUS

*13 de junio de 2026*



Querido José Luis, alcalde de Valverde de los Arroyos, miembros de la corporación municipal, danzantes, botarga y gaitero, queridos vecinos y vecinas de Valverde, amigos todos los de aquí y los que habéis subido hasta este rincón de la Sierra Norte para acompañarnos.

Buenas tardes: Quiero empezar por lo más sencillo y a la vez por lo más difícil: dar las gracias. Gracias, José Luis, por invitarme a pregonar vuestras fiestas, gracias al pueblo de Valverde por abrirme las puertas una vez más. A lo largo de estos años he tenido el honor de hablar en muchos lugares de España, pero os aseguro que pocas invitaciones me han hecho tanta ilusión como esta, porque hay pueblos a los que uno va y hay pueblos a los que uno vuelve y yo, a Valverde, siempre vuelvo.

Cuando José Luis me llamó para proponérmelo, no le dejé terminar la frase. Le dije que sí antes de saber el día, antes de saber la hora, antes de pensar siquiera en qué iba a decir. Y luego colgué el teléfono y me entró el vértigo, porque una cosa es hablar de los pueblos de España en un despacho o en una rueda de prensa, y otra muy distinta es ponerse delante de los valverdeños en vísperas de su Octava y estar a la altura de lo que esta fiesta significa. Espero, al menos, no estropearos la limonada.

\*\*\*

Trece años hace ya, José Luis, que nos conocemos. Trece años desde aquel 2013 en que Valverde de los Arroyos entró a formar parte de los Pueblos Más Bonitos de España. Me acuerdo bien de aquellos primeros pasos, de las conversaciones, de los papeles, de la ilusión con la que este pueblo se presentó ante la asociación. Y me acuerdo de algo que entonces pensé y que el tiempo no ha hecho más que confirmar: que aquí no veníamos a darle nada a Valverde, que Valverde no tuviera ya. La belleza estaba. La piedra estaba. La tradición estaba. Lo único que hicimos fue ponerle un sello a lo que vosotros llevabais siglos construyendo y cuidando.

A veces me preguntan qué tiene que tener un pueblo para ser uno de los más bonitos de España. Yo siempre contesto lo mismo: la belleza no basta. Hace falta algo más. Hace falta que detrás de las fachadas haya vida, que detrás de las piedras haya manos que las cuiden, que detrás de las fiestas haya un pueblo que las sienta. Y eso, amigos, es exactamente lo que tiene Valverde, por eso estáis donde estáis. Por eso sois, desde hace 13 años, uno de los nuestros. Aunque, si soy sincero, lo digo al revés: nosotros somos desde hace 13 años uno de los vuestros.

\*\*\*

Dejadme que os hable de vuestro pueblo, aunque sea contaros lo que ya sabéis. Porque a veces hace falta que venga uno de fuera para recordaros lo que tenéis. Cuentan por estas sierras una leyenda que a mí me encanta. Dicen que Valverde fue uno de los últimos pueblos que Dios creó. Que lo hizo ya de noche, casi a oscuras, y que por eso lo vistió de negro. Yo no sé si fue así, pero, si fue así, os digo una cosa: lo hizo cansado y le salió mejor que ninguno. Porque este caserío de pizarra y gneis, con sus destellos plateados cuando le da el sol, con sus calles empedradas y sus tejados oscuros recortados contra el verde del valle es una de las estampas más hermosas que existen en España. Y no lo digo

por quedar bien, lo digo habiendo visto, por mi trabajo, prácticamente todos los pueblos hermosos que hay de Huesca a Cádiz y de La Coruña a Mallorca.

La arquitectura negra no es sólo una postal. Es una lección. Es la prueba de que durante siglos los valverdeños construyeron con lo que la tierra les daba: la pizarra, la piedra, la madera, el barro. Y de que cuando llegaron tiempos más cómodos, cuando hubiera sido más barato y más fácil levantar paredes de ladrillo y cubiertas de uralita este pueblo dijo que no. Que aquí las cosas se hacían como se habían hecho siempre. Ese “no” os ha costado esfuerzo, dinero y paciencia. Pero ese “no” es la razón de que hoy Valverde sea Valverde y de que miles de personas suban cada año a veros. Los pueblos que se parecen a todos nos los visita nadie. A los pueblos que son ellos mismos el mundo entero quiere conocerlos.

Y luego está el entorno que os rodea, que parece puesto a propósito. El Ocejón ahí arriba, con sus más de 2000 m que es el faro de toda esta Sierra. Las Chorreras del Despeñalagua, despeñándose entre las peñas como si tuvieran prisa por llegar a contárnoslo. Los robledales, los arroyos que dan apellido al pueblo, esta Plaza de María Cristina junto a la que estamos ahora, y esa iglesia de San Ildefonso, que tiene una historia que me emociona cada vez que la cuento. La levantaron con los reales que mandaban desde Filipinas dos hijos de este pueblo, los hermanos Monasterio, dos frailes que se fueron al otro lado del mundo y que estando tan lejos no pensaban más que en su pueblo. Fijaos si viene de antiguo eso de que el que se va de Valverde nunca se va del todo.

\*\*\*

Pero no nos engañemos. Yo no he venido aquí a hablar de piedras, por hermosas que sean. He venido a hablar de lo que mañana va a pasar. Porque mañana, domingo, este pueblo va a hacer lo que lleva haciendo desde hace siglos sin faltar ni un solo año a la cita: celebrar la Octava del Corpus.

Y quiero que los que han venido de fuera entiendan bien lo que van a ver, porque lo que van a ver no es un espectáculo, no es una actuación, no es algo que se hace para las turistas. Es exactamente lo contrario, es algo que este pueblo hace para sí mismo ante Dios y ante sus muertos desde mucho antes de que existieran los turistas, las carreteras, y hasta la provincia de Guadalajara. La fiesta del Corpus hunde sus raíces en el siglo XIII, en una bula del Papa Urbano IV del año 1264. Y estas danzas, que algunos creen aún más antiguas que la propia fiesta, quizá nacidas de viejos ritos de la tierra, de acción de gracias por las cosechas, llevan tanto tiempo bailándose aquí, que en 1606 una bula papal tuvo que ocuparse de ellas. Pensadlo un momento: hace 420 años en Roma el Papa firmó un privilegio para que ocho mozos de esta aldea perdida en la Sierra pudieran bailar ante el Santísimo sin quitarse de la cabeza su canastillo de flores. Cuando el mundo entero se descubre ante el Señor los danzantes de Valverde se cubren. Y se cubren con flores. No conozco imagen más hermosa de lo que es la fe de un pueblo: respeto infinito, sí, pero de pie, con la cabeza alta y florida.

Mañana los ocho danzantes vestirán sus ropas rituales, esas enaguas blancas, esas cintas, esos mantones, esos espejos que reflejan la luz de junio. Y con ellos irá el botarga, el zarragón con su traje de colores y su gorra de picos, abriendo camino y guiando la danza como se ha hecho siempre. Y el gaitero, con la gaita y el tamboril, poniendo el son que estas calles se saben de memoria. Saldrá la procesión, llegará a las eras, y allí, en ese altar levantado a las afueras, con el Ocejón de testigo, bailarán la danza de la Cruz ante el Santísimo. Yo la he visto y os juro que se le pone a uno un nudo en la garganta que no se deshace en todo el día. Porque, en ese momento, uno entiende que está viendo lo mismo, exactamente lo mismo, que vieron los bisabuelos de vuestros bisabuelos.

Y después, de vuelta en la plaza, vendrán las demás: El Verde, Los Molinos con su paloteo que parece una batalla y es una hermandad, La Perucha y El Cordón, con las ocho cintas de colores trenzándose alrededor del palo del botarga hasta formar ese tejido perfecto que es, si lo pensáis, la mejor metáfora de este pueblo: ocho hilos distintos que, dando vueltas los unos alrededor de los otros, acaban formando una sola cosa fuerte y hermosa. Así se hace un cordón y así se hace un pueblo.

Habrán también almoneda, la subasta de las rosquillas que han salido en el ramo de la procesión. Y yo os aviso, forasteros, pujad sin miedo, que esas rosquillas de anís no se pagan con dinero, se pagan con cariño y cada euro que se puja es un año más de vida para esta tradición. Habrá auto sacramental, ese teatro antiguo que antes representaban los propios danzantes y que hoy mantienen vivos los jóvenes del pueblo. Y habrá algo que casi nadie ve, pero que a mí me parece lo más grande de todo: el rezo por los danzantes difuntos. Porque en Valverde no se baila sólo con los que están, se baila también por los que estuvieron. Cada danzante de mañana lleva sus los hombros, junto a las cintas y los mantones, a todos los danzantes que bailaron antes que él. Por eso esta fiesta no la puede copiar nadie: porque no es una coreografía, es una herencia.

No me extraña que está Octava este declarado de Interés Turístico y que figure en el catálogo del Patrimonio Cultural Inmaterial. Los papeles oficiales, ya lo sabéis, siempre llegan tarde a confirmar lo que la gente sabe desde hace siglos. Pero dejadme deciros, como Presidente de los Pueblos Más Bonitos de España, que de todas las fiestas que he visto en los más de cien pueblos de nuestra red, y he visto muchas, y muy hermosas, hay muy pocas que conserven como esta la pureza de los verdadero. Aquí no se ha inventado nada para el visitante. Aquí no se ha maquillado nada. Lo que se ve es lo que hay. Y lo que hay es un milagro.

\*\*\*

Y aquí quiero detenerme porque este es el corazón de lo que he venido a deciros: Valverde de los Arroyos tiene hoy en torno a 90 vecinos. Noventa. Hay comunidades y propietarios de Madrid con más gente que este pueblo. Y, sin embargo, este pueblo de 90 vecinos sostiene una fiesta que necesita ocho danzantes, un botarga, un gaitero, un grupo de teatro, jóvenes que engalanan las calles, mujeres y hombres que hornean, que cosen, que ensayan, que organizan, que limpian, que montan y desmontan. Echad la cuenta. Aquí no sobra nadie, aquí cada vecino es imprescindible Y, aun así, año tras año, siglo tras siglo, cuando llega el domingo de la Octava todo está en su sitio: Las flores en los canastillos, las cintas en el palo, las rosquillas en el ramo, los danzantes en la calle.

¿Sabéis lo que es eso? Eso es una lección para España entera. Vivimos tiempos en que se habla mucho de la España vaciada y se habla, casi siempre, en tono de lamento, como quien habla de un enfermo. Pero yo invito a cualquiera, a cualquier político, a cualquier periodista, a cualquier urbanita desencantado a venir mañana a Valverde y ver lo que hace este pueblo “vaciado”. Que vengan a ver cómo se llena. Que vengan a ver a los hijos y a los nietos que vuelven, a los que viven en Guadalajara, en Madrid o más lejos y que cuando huele a junio sienten el tirón de la gaita y el tamboril y no hay quien los pare. Que vengan a ver cómo una tradición de siglos no la sostienen los museos ni las subvenciones: la sostienen las familias. La sostiene el chaval que se pone por primera vez las enaguas de danzante con el mismo orgullo con que su abuelo se las puso. La sostiene la madre que cose. La sostiene el vecino que ya no puede bailar, pero mira desde la silla y en sus ojos está bailando todavía.

Vosotros no sois de España vaciada. Vosotros sois la España llena. Llena de memoria, llena de dignidad, llena de futuro, porque el futuro no es de los lugares con más habitantes, es de los lugares con más razones para existir. Y razones, a Valverde, le sobran.

Es verdad que la Asociación ha contribuido a que Valverde sea más conocido, que vienen más visitantes, que el nombre del pueblo suena en ferias, en reportajes, en guías de viaje. Y me alegro, y es justo, y por eso trabajamos. Pero no nos confundamos: nosotros sólo hemos puesto el altavoz, la voz es vuestra, la voz lleva siglos siendo puesta. Lo único que hace falta, y este es mi compromiso y el de toda la asociación, es que ese altavoz sirva para lo que tiene que servir: para que los jóvenes puedan quedarse si quieren quedarse, para que volver no sea un acto heroico, sino una opción natural, para que la belleza de este pueblo se traduzca en vida, en trabajo y en escuela. Esa es la pelea. Y en esa pelea, José Luis, me tendrás siempre a tu lado, como estos trece años.

\*\*\*

Voy terminando, que no quiero que se diga que el pregonero fue más largo que la procesión.

Mañana, cuando suene la gaita y los danzantes echen a andar, fijaos en un detalle: fijaos en cómo brillan los espejuelos de sus trajes. Dicen los antiguos que los espejos en los trajes rituales servían para espantar los malos espíritus, que el mal se asusta al verse reflejado. Yo creo que esos espejos hacen otra cosa: nos reflejan a nosotros. En esos pequeños espejos que bailan está reflejado todo el pueblo, los de ahora y los de antes. Los que están en la plaza y los que están en el recuerdo. Los que nacieron aquí y los que, como yo, tenemos la suerte de que nos hayáis hecho un sitio.

Esta noche disfrutad de la ronda y de la verbena. Mañana vivid vuestra octava con el orgullo de saber que no hay en España una fiesta más auténtica que la vuestra. Cuidad de los mayores, que son la biblioteca de todo esto. Enseñad a los niños cada danza y cada palabra, que ellos son los danzantes del año dos mil cien. Abrazad al que ha vuelto. Acoged al que viene por primera vez, que seguro que vuelve. Y, cuando estéis en las eras ante el Santísimo, con el Ocejón ahí arriba y la gaita sonando, acordaos un segundo de lo afortunados que sois. Sois los herederos y los guardianes de una de las tradiciones más hermosas de Europa. Que no es carga pequeña, ni honor pequeño tampoco.

Gracias, José Luis, amigo, por estos trece años de camino juntos. Gracias, valverdeños, por cuidar de este pueblo como lo cuidáis, por demostrar cada año que la fidelidad a las raíces no es nostalgia sino la forma más valiente de mirar al futuro. Gracias por dejarme ser, una tarde más, uno de los vuestros. Y ahora sí. Con el permiso del señor Alcalde, con la venia de los danzantes, del Zarragón y del Gaitero, y con todo el cariño del más de un centenar de pueblos hermanos, que esta tarde nos miran con sana envidia, declaro pregonada las fiestas de la Octava del Corpus de Valverde de los Arroyos del año 2026.

¡Viva Valverde de los Arroyos! ¡Vivan sus danzantes! ¡Viva la Octava del Corpus!

¡Y vivan los Pueblos más Bonitos de España!

**Francisco Mestre**

*Presidente de la asociación Los Pueblos Más Bonitos de España*

*Valverde de los Arroyos, 13 de junio de 2016*